

Jesús y la familia de Lázaro: ayudándonos a creer

P. Miguel Núñez

11 de Octubre AM, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

Juan 11: 30-44

De los siete milagros que Juan menciona en su evangelio, la resurrección de Lázaro es el séptimo. Su posición es interesante por dos razones: (1) en la tradición judaica, el número siete es el número de la perfección, lo que haría que éste fuera el milagro que completa a los demás, el milagro perfecto y (2) el milagro anterior es el milagro de darle la vista a un hombre, lo cual hace de estos dos milagros una buena analogía de la previa incapacidad del hombre de ver su propia condición (pecaminosa) y de la resurrección gloriosa que tendremos los hijos de Dios.

Analicemos esta historia.

Todo hombre es incrédulo

El milagro tuvo lugar en Betania, que era llamada la aldea de Marta y María, las cuales, al parecer, pertenecían a una familia muy allegada a Jesús: el mensaje que se le envió decía “El que tú amas...” (v.3); sabemos que Jesús amaba, no sólo a Lázaro, sino, también, a Marta y a María (v.5); Jesús no sólo conoce a Lázaro por su nombre, sino que le llama “amigo” (v.11); y Jesús lloró por Lázaro, conmovido profundamente (vv.33,35-36). Tal era la cercanía de la familia con Jesús que algunos han dicho que, quizá, ésta era la familia a la que Él iba cuando necesitaba descanso, cuando quería ser, simplemente, Jesús.

No obstante este amor, Jesús decide no acudir al llamado de las hermanas de Lázaro, sino esperar. De esta manera, Lázaro muere y, cuando Jesús llega, Marta y María, en dolor, le dicen: “Si hubieras estado aquí, él no habría muerto” (vv.21,32). Esta frase revela fe y creencia en el corazón de ellas, pues no dudaban del poder de sanar que Jesús poseía; sin embargo, no era una fe completa, pues no confiaba en la sabiduría del Señor.

Es evidente, empero, que Jesús trama algo desde el principio: no es posible que, sin motivo alguno y amándolos Él como lo hacía, se comportara de esta manera. En este caso, creo que Jesús planeaba un milagro que mostrara que aún podemos tener esperanza cuando ya todo se ha ido y terminado, cuando ya no hay más nada que hacer y no hay posibilidad de recuperación. A Marta y a María les fue imposible ver esto de entrada, pero ellas no son la excepción: todo hombre confía en el juicio de Dios mientras las cosas salen como él quiere, pero, si las cosas salen de modo diferente, lo último que piensa es que el maestro tiene un plan. ¿Seguirás así, amigo mío? ¡No te vayas sin pedir perdón por tus pecados, sin proclamar a Jesús como Señor y Salvador!

El creyente, también, peca de incredulidad

Los discípulos, también, fallaron en confiar en su Maestro, a pesar de haber visto señales que les confirmaban la procedencia del mensaje y del mensajero, a pesar de haber creído en Jesús; y, cuando Jesús les dijo “Volvamos”, en lugar de acatar, se llenaron de incredulidad (v.8) y pesimismo (v.16).

Lamentablemente, la condición de la naturaleza humana es tal que no ve ni entiende las cosas de Dios (no es, ni siquiera, similar a un enfermo, es cual un muerto); y, lamentablemente, somos incrédulos desde que nacemos, prefiriendo creer en cuentos e historias antes de considerar lo que Dios nos dice. Y, muchas veces, esta vieja naturaleza se expresa y arroja nuestra mente y nosotros, como los discípulos, en momentos difíciles, nos ponemos ansiosos, pesimistas y tratamos de tomar las decisiones en nuestras propias manos. La razón por la

que permitimos que esto pase –en lugar de creer en las palabras de Dios– es porque, a veces, nuestro orgullo nos impide admitir que estamos equivocados, y porque, en otras ocasiones, somos cobardes.

Hermano, si quieres trabajar con Dios, tienes que prepararte para esperar. No sé cuánto tengas que esperar, pero ten por seguro que no será en vano y que siempre será mejor que cualquier atajo que el Diablo nos coloque delante.

La exhortación de Jesús

Tanto los discípulos como las hermanas estaban totalmente desconectadas de la mente de Jesús. Los primeros, cuando Jesús les dice “Lázaro duerme, vayamos a despertarlo”, entienden un significado literal; las segundas, si bien creían en el poder del Señor, a diferencia del centurión romano (del cual, probablemente, oyeron), no creían que tuviese el poder suficiente como para sanar a distancia. Este hecho fue la razón por la cual Jesús permitió que Lázaro muriera: debido a la muerte de Lázaro, la incredulidad de los discípulos pudo ser aplastada frente al poder de Dios (razón por la que Jesús se alegró de no haber estado presente cuando ocurrió la muerte – vv.14,15–) y la fe de Marta y María pudo ser instruida.

El mensaje, aunque entregado de manera distinta, fue el mismo: cree, Dios permanece en control. Los discípulos lo recibieron al ver sus temores esfumados; a Marta y María les fue entregado más directamente: “Si crees, verás la gloria de Dios” (v.40). Algo especialmente notorio es que al hablar de la fe, Jesús no dice “si tienes fe”, sino que usa un modo más activo de presentar la verdad: Él utiliza un verbo, denotando, con ello, la necesidad de envolver la volición y la acción. Por tanto, el mensaje es “si, activamente, crees, verás la gloria de Dios”.

Esta lección es muy importante para nosotros y es necesario que la cultivemos en nuestras vidas. Por no hacerlo, muchas veces oímos torcidamente las Escrituras y, también, nos quedamos cortos a la hora de discernir qué es lo que el Señor quiere que yo haga y qué es lo que Él va a hacer. Hermanos, recordemos siempre que Dios permanece en control y que lo realmente importante no es si algo ocurre rápido o lento, sino si está o no dentro de la voluntad de Dios (v.9). *Y para conocer la voluntad de Dios es necesario basarse en la palabra de Dios (Sal. 138:2), de modo que, como las águilas, seamos elevados por sobre la tormenta.*

Hablando prácticamente, es posible que tu cónyuge pueda ver la gloria de Dios si tú quitas la piedra de la crítica; es posible que tu hermano vea la gloria de Dios si quitas la piedra del resentimiento; es posible que tu jefe vea la gloria de Dios si quitas la piedra del prejuicio que hay en tu corazón; es posible que tú puedas experimentar la gloria de Dios si finalmente remueves la roca del pecado que hay en ti y que no quieres dejar ir; es posible que puedas experimentar la gloria de Dios si pudieras remover la falta de oración, la de poca fe, la de pesimismo, que hay en tu vida.

Si bien hemos pasado de muerte a vida, aún estamos vendados

Finalmente, Jesús llamó a Lázaro fuera del sepulcro y éste salió. Sin embargo, a pesar de haber hecho un milagro, Jesús no resucitó al muerto sin vendas: Él hizo lo que le tocaba hacer, pero dejó intacta la responsabilidad de los que le rodeaban.

Del mismo modo, cuando somos llamados a Dios, Jesús nos resucita, pero venimos con todo lo que traemos de nuestro pasado. Por esta razón es que, al venir de muerte a vida, somos puestos en medio de una comunidad, la cual tiene como mandato desatarnos, para que cada creyente pueda compartir la misericordia que ha recibido y ayudar a otros a perder sus miedos, hábitos y desconfianzas del pasado.

Hermanos, algunos de ustedes están atados en miedos, y resentimientos, y heridas, y falta de perdón, y falta de fe; otros están atados en el materialismo, en el dinero y en la fama. Esta realidad es la de todos los que no creen y la de algunos de los que han llegado a creer. Sin embargo, todavía hay esperanza en Cristo: no obstante el dolor y las ataduras que tengamos, Jesús murió para comprar para nosotros vida en abundancia, vida sin vendas que nos amarren. Te encarezco, no te vayas sin que el Espíritu de Dios, que mora en ti, termine de desvendarte, de modo que deposites al pie de la cruz lo que te ha tenido atado por tanto tiempo.

Amén